

AL/FI-14

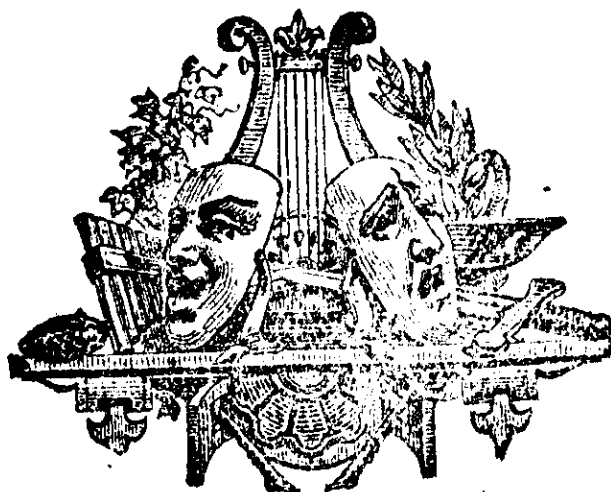
MARIA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. Gabriel Fernandez.



ALMERIA.—1855.

Imprenta de la Viuda de Duimovich,
à cargo de D. Diego Negrete.

Es propiedad del autor.

A MI QUERIDISIMA ESPOSA

Doña Dolores Lirola Rubio.

Gabriel Fernandez.

PERSONAS.



MARIA—*Viuda joven, madre de*
CARLOTA—*edad 16 años.*

BEATRIZ—*doncella.*

LORENZO—*criado de confianza.*

ENRIQUE.

DON PEDRO—*padre de*

ARTURO. }

AMALIA. }

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la habitación de Maria, adornada con gusto y sencillez. En el fondo la puerta de la alcoba con cortinas, dos mesas á los lados, en una recado de escribir. A la izquierda del espectador un balcon que dá á la calle, y á la derecha puerta que dá á varias habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

Beatriz y Carlota de medio luto. Coloca flores diferentes jarrones mientras habla.

Carlota.

Qué frescas, qué lindas flores!
sus matices me enagenan:
en el caliz la alegría
y la paz del alma encierran.

Siempre entre rosas y nardos,
Beatriz querida, estuviera,
que son las flores, benditas,
símbolos de la inocencia.

Beatriz.

Cuidaré que nunca os falten.
Bien sabeis cuanto desea
agradaros mi cariño.

Carlota.

Lo sé, amable jardinera.
Mil gracias, mil. Las coloco.....
las dalias con las violetas, *las.)*
los tulipanes..... así (*componiéndolo-*
Voy á dar una sorpresa
á Mamà... seguramente
que se ha de alegrar al verlas.
Formaré vistosos ramos.....

Beatriz.

¿Cómo de salud se encuentra?
está mejor?

Carlota.

No, Beatriz.
Su palidez, su tristeza,
no la abandonan jamás,
oh! Dios me la ponga buena!

Beatriz.

Pobre señora, tan débil,
abatida y macilenta!..
sufre tanto!.. quien diria,
hace un año, á su belleza
tal mudanza! ¿Recordais
Carlota, la noche aquella
del último baile?

Carlota.

Si.

Beatriz.

Cuan donosa y hechicera
estaba! cuantos aplausos
arrancó á la concurrencia
en el duo que cantàra
con don Enrique!

Carlota

Pudiera
olvidar nunca esa noche,
en que se apagó la estrella
de nuestra dicha? ¿olvidarla!
Tan bella como modesta,
era mamá de las gracias
el modelo... era la reina.
¿Qué hija contempló à su madre
tan hermosa, tan discreta?

Los hombres la bendecían
ansiosos siempre de verla;
las mas brillantes mugeres,
mirando su gentileza,
la envidiaban, sin poder
un instante aborrecerla.

Beatriz.

Es verdad ¿quién no la amara
si su dulce voz oyera,
y cuando en sus negros ojos
luce la benevolencia?

Carlota.

Yo estasiada la seguía
cual mariposa que vuela
al rededor de una rosa
que el color precioso ostenta,
¿qué se hicieron los placeres?
que el color purpúreo de ella?
Solo lágrimas, Beatriz,
y luto, solo nos quedan.

Beatriz.

No hay que afligirse, señora.
Tal vez el Cielo.....

Carlota.

Te acuerdas,
amiga mía?... Ha bien poco

con enfermedad funesta
cayó mi querido padre,
y sin remedio en la ciencia
espiró á los ocho meses
de tormentosas dolencias.
Padre del alma! tus labios
cádenos, tu cara yerta
vesé mil veces... te veo
bendiciendo mi inocencia
al irte á la gloria, acoje
mis lágrimas, son la ofrenda
de mi cariño filial. (*llora.*)

Beatriz.

Vamos, señorita... ea:
me aflige usted.... Dios es justo,
y.....

Carlota.

Acato su omnipotencia.
Pero, Beatriz, necesito
contigo partir mi pena.
Desde aquel infausto día
mi cara mamá, se muestra
sin consuelo, sin salud.
El silencio nos rodea,
los amigos nos olvidan,
y mi juventud risueña
en vez de goces, pesares

querida Beatriz, lamenta.

Beatriz.

Yo creo que don Enrique es amigo que os aprecia, pues aunque hace ya tiempo que en casa no se presenta, fué porque dejó la córte.....

Carlota.

Volvió despues que muriera papá, y en nuestra afliccion abandonadas nos deja. Que crueldad, Beatriz! no es cierto?

Beatriz.

Yo no creo de sus prendas esa ingratitud. Acaso en el cármén que, á dos leguas de aquí, disfruta don Pedro, en cuya casa se hospeda, habrá tenido negocios que regresar le impidieran.

Carlota

Esa no es razon amiga: ninguna disculpa encuentra, pues don Pedro con sus hijos, nos dieron con su presencia alivio á nuestro sufrir.

Beatriz.

Señorita, si V. hubiera
observado á don Arturo
cuando V. se hallaba enferma!
Agitado, tembloroso,
llorando cual si creyera
que iba V. á sucumbir...

Carlota.

Oh! tiene un alma tan buena!

Beatriz.

Sentis pazos? La señora...
¡cuán abatida se acerca!

ESCENA SEGUNDA.

*Dichas y Maria de luto rigoroso. Viene despacio.
Le presentan un sillón. Manifiesta abatimiento.
Al sentarse dirá.*

Maria.

Bien estoy.

Beatriz.

No os aliviais?
¿cuándo un rosado color.....

Maria.

Beatriz, me encuentro mejor.

Beatriz.

Alguna cosa mandáis?

Maria.

Ahora nada. Vete ya.

Beatriz.

Serviros es mi alegría (*se va*)

Maria.

Ven aquí Carlota mía.

¿Estas triste?

Carlota.

No, mamá.

Maria.

(*Reparando en las flores.*)

¡Cuánta anémón y jazmin!

qué preciosísimas flores!

qué variedad de colores!

¿has estado en el jardín?

Carlota.

Cómo bajar si padeces

con tan extrema amargura?

Maria.

Con tu angélica ternura

mi espíritu fortaleces.

Haces bien, siempre á mi lado!..
Con tu esmero y tu presencia,
me olvido de la dolencia.
Dios, para mí te ha criado!
El desde el brillante cielo
te envia su bendicion;
y á mi triste corazon
manda el único consuelo.

Carlota.

Por darte salud y calma
diera yo toda mi vida.

Maria.

Te estoy muy agradecida,
mi Carlota, hija del alma.
Siento alivio en este instante,
puedes al jardin bajar.

Carlota.

Ahora (*con timidez*) te quisiera hablar
de una cosa interesante.
Eres siempre bondadosa....
Oh! si te causara enojo!..

Maria.

(*Aparte.*) Qué adivino!.. ese sonrojo
en su faz tan candorosa!..
No temas no que me aflija,
para tí mi pecho encierra

todo el amor de la tierra;
¿quién tanto quiso á su hija?
Carlota mia, sí, abre
à tu madre el tierno pecho:
será mi amor satisfecho
basta que tu dicha labre'
Ah! cuanto al cielo le imploro
porque mi afán lo consiga!

Carlota.

Ya lo sé que eres mi amiga,
mi alegría, mi tesoro.
Eres el ave que brota
bajo el ala maternal,
la ambrosía celestial
para tu pobre Carlota.
Eres mi luz, y mi guía...
pero el rubor... tu tristeza...

Maria.

En dònde está tu franqueza?
Hablame pronto, hija mia.

Carlota.

Qué buena eres, y cuánto
tu bondad de mí reclama!
Cuando papá cayó en cama
y nos llenó de quebranto,
para que me distrajera,
cada dia algunas horas,

me permitiste que fuera
cosa de tia Liboras.

Allí Amalia con Arturo
hijos de don Pedro, fueron
y sus obsequios rindieron
mi corazón, te lo juro.

Pero en tan gratos momentos, (dad,
mamà... noté... *(con timidez)*... la ver-
que habia desigualdad
en mis dulces sentimientos.

Era Amalia mi hermanita;
pero Arturo me inquietaba...

*(Oculta la cara abrazada de su madre,
sin levantarse.)*

perdon, mamà... yo le amaba:
por él mi pecho palpita.

Maria.

Carlota, y Arturo? di,

Carlota.

Te estoy causando martirio...

Maria.

No, hija mia.

Carlota.

Con delirio!

Vive solo para mí.

Maria.

(*Aparte*) de don Pedro el hijo! ob!

(*Alto*) ¿Y no quieres que te riña,
cuando un corazon de niña
para tí conservo yó?

Así tenerme un secreto
cuando soy tan complaciente.

Y es mi Carlota inocente
quien me habla?

Carlota.

Por respeto
à tu congojoso estado
nada me atreví á decirte,
¡sentia tanto aflijirte!
solo por eso he callado.

Mi corazon es bien puro,
harà siempre lo que digas
y hasta que tú nos bendigas
nunca seré yo de Arturo.

Que no hay contento que cuadr
à tu Carlota en el mundo,
sino le agrada al profundo
amor de su tierna madre.

Maria.

Si mi padecer conserva
de la enfermedad la hiel,
¿por qué hasta ahora, cruel,

has guardado esa reserva?
por qué, Carlota?

Carlota.

Mamá,
sé que don Pedro su coche
guia á la córte esta noche,
ó tal vez antes quizá.
Arturo ya está cercano,
y apenas llegue, á tus pies
suplicándote le ves,
para que le des mi mano.
Y mi amor, que te venera,
(aunque con rubor bastante,)
no quiere que se adelante...
yo debo ser la primera.
Si complaciente te miro
mi suerte la dicha toca,
y sino, nunca en mi boca
habrá una queja, un suspiro.
Tu siempre quieres mi bien;
tu amor mi dicha concluya,
toda mi existencia es tuya...

Maria.

Oh! ven á mis brazos, ven. *(se abrazan)*

Carlota

Dios mio, cuanta delicia!
El placer mi fuerza agota...

Maria.

No es esto **bondad**, Carlota,
lo mereces de justicia.
Perd á **esplicante** comienzo,
para que seas feliz... (*oye pasos*)
¿Quién entra?

Beatriz.

Soy yo, Beatriz.

Maria.

¿Qué ocurre?

Beatriz.

Aquí está **Lorenzo**.

Maria.

Que pase, que pase al punto. (*se va*)
Luego, Carlota adorada, (*Beatriz.*)
te hablaré.

Carlota.

Estás disgustada?

Maria.

No hija mia. Es que un asunto
Luego para ti seré.

Carlota.

En ti fundo mi esperanza.

Maria.
¿Qué tu cariño no alcanza?

Carlota.
Cuando ordenes, volveré... (se va)

ESCENA TERCERA.

Maria sola.
Oh! dame fuerzas, Dios mío!
Enrique, ven, calmarás
mi dolor, y me verás!...
tengo un malestar, un frío!
Ay! mi vida se aniquila
con tan acerbo sufrir...
Cuando me siento morir
debo aparecer tranquila!

ESCENA CUARTA.

Maria y Lorenzo.

Lorenzo.

Perdoneme usted, señora,
si he gastado tanto tiempo.
No he tenido yo la culpa.

Maria.
Me traes respuesta Lorenzo?

Lorenzo.
Entregué vuestro billete

cuando se hallaba en el huerto
el señor Enrique, y cuando
ya todo estaba dispuesto
para partir, que tal vez
ahora en este momento
estén en la corte, él
con su pariente don Pedro.
Me dió por contestacion
que os veria en el momento
de llegar.

Maria.

(*Aparte*) Será posible!
tiembla impaciente mi pecho.
Puedes irte á descansar.

Lorenzo.

Aun más que deciros tengo.

Maria.

Habla.

Lorenzo.

Al salir de la puerta
que me hace señas observo
don Arturo, me aproximo,
y puso en mi mano un pliego.
A la señora Carlota
se lo darás en secreto,
y al instante: eso me dijo.

Yo à vos señora , lo entrego.

(*Le da un billete.*)

Maria.

Eres muy fiel, siempre digno
de mi estimacion, Lorenzo.

Lorenzo.

Con vuestro permiso...

Maria.

Adios.

Lorenzo.

Solo que mandeis espero (*se va.*)

ESCENA QUINTA.

Maria sola.

La incertidumbre para el que ama y teme
le arrebatata el reposo, y le atormenta.

Enrique va à llegar, el pecho mio
para esta conmocion no tiene fuerzas.

Enrique, mi consuelo, mi esperanza,
tu me puedes salvar ó me condenas.

Una palabra de cariño tuya
reanimara mi ser, la paz me diera!

Una palabra tuya apagaria
para siempre mi lánguida existencia.

Ven ¡ay! Enrique, ven. Junto al sepulcro.
Desfalleciente, entenuada, yerta,

contando de tu ausencia los momentos,
á tu Maria estática, contempla.

Muévate á compasion, tu acento oiga,
y acabe su dolor sobre la tierra.

Oh! no lo dudo, no. Su noble alma
es mia; me la dió, yó soy la dueña.

Abriré este billete: es el de Arturo,
jóven ilustre de brillantes prendas.

Digno es de mi Carlota tan sencilla,
tan cándida y afable como bella.

(Abre el billete y lee.)

Carlota de mi corazón: Dentro de pocos momentos estaré á los pies de tu nieta para que me conceda tu preciosa mano. Esta noche se firma el contrato de matrimonio de Amalia con mi primo Enrique.....

(Representa) Ah!.. *(cae abatida en el sillón y despues de una pequeña pausa se levanta.)*

Me engañé, mentira!.. no está escrito..

Es que el genio del mal viene y me aterra:
es que mis ojos.... quiero abrirlos mucho...
ya están despiertos... leo... el alma tiembla.

(Lee)

Esta noche se firma el contrato de matrimonio
de Amalia con mi primo Enrique...

(Comprime con exaltacion el papel en su mano)

(Representa.)

(Ilezcó,

Pérdido Enrique! monstruo!.. *(pausa)* No fa-

se fué mi languidez... una centella
tengo en mi mano, y el billete infando,
que mi consuelo y mi esperanza quema,
me llena de valor, me da cien vidas
para vengarme y espiar mi afrenta.
¡Tú el esposo de otra!!.. No, malvado
el bien ó el infortunio nos uniera.

¿Dónde está tu justicia Dios Supremo?
(Pausa.)

¿Y una adúltera esposa es quien la niega?
Yo iré á implorarle, mi dolor intenso
le moverá á piedad... transida, yecta...

ESCENA SEXTA.

*Enrique y Maria..... esta se levanta y le coje las
manos apasionadamente.*

Maria.

Enrique, no es verdad? oye... responde?
Di que es mentira infame, que engañaron
un momento la fé con que te adoro,
que un fatídico sueño me ha inspirado...

Enrique.

(*Aparte.*) Infeliz. en que estado la contemplo!

Maria.

Di que es mentira... una palabra aguardo,
una sola palabra, Enrique mio,
y subo al cielo, ó al sepulcro bajo

Miráme... (le muestra sus facciones y después de una ligera pausa...) Dila ya.

Enrique.

Ese delirio
por el cielo calmad y sosegaos.

Maria.

Tranquila estoy ¿no ves? Con tu presencia
buye mi padecer, la dicha alcanzo.
¿Y cómo nó? si tu eres mi universo,
mi único amigo, mi existir, mi amparo?
¿No observas la sonrisa como alienta,
y tiñe de color mi yerto labio?

Enrique.

De vuestra exaltacion no sé la causa.
Serenidad reclama vuestro estado.
Señora, sois mi amiga, y como siempre...

Maria.

Lo sé, lo sé. Los ángeles, los santos,
á mi acerbo dolor son compasivos;
y hoy, Enrique, á mi vista te guiaron.
No me digas, señora, que me angustias;
cual tantas veces con acento mágico,
nombrame tu Maria: ¿No lo soy?
¿Tú no eres el Enrique que idolatro?
Por quien sino por tí, el casto velo
del tálamo nupcial, mi santuario,

pude manchar? En éstasis el alma
voló á tu corazon, ardió en tus brazos.
Allí se confundiera nuestro aliento
y en un volcan de amor nos trasformamos.
¿No ves como me inflamas con tu vista?

Enrique.

Y puedes tu dudar que yo te amo?
Por dó quier los instantes venturosos
que contigo alcancé, los arrebatos
de la ardiente pasion que ambos sentimos,
se ofrecen à mi pecho, y me complazco.
Mas hace tanto tiempo, sí, Maria,
que tu me separaste de tu lado...

Maria.

Esa la prueba fué de lo sublime
que es el fervido amor que te consagro.
Ese fué el sacrificio que à tus ojos
debió elevarme, y en eternos lazos
unirte à mí, y reclamar del Cielo
en vez de maldicion, perdon sagrado.
Cayó mi esposo enfermo, los amores
que estuvimos dos años disfrutando,
no debieron cubrirse con la infamia,
si criminales fueran. Deber santo
era acudir al hombre moribundo,
y mi falta espiar por él orando.
¿Quisieras tú que al extinguir su aliento,

cuando apuraba del tormento el vaso
en su intenso sufrir, yo respondiera
con precitas caricias? El pensarlo
es un baldon que arrojo á tu nobleza:
fuera hacer de mi Enrique un inhumano.

Enrique.

De entonces, que del colmo de la gloria
me vi hasta el hondo Averno despeñado,
lejos de ti, Maria, sin consuelo
he padecido en el olvido tanto!..
Mil veces te llamaba en el silencio,
mil veces invoqué tu nombre en vano,
el viento mis suspiros se llevaba,
y el tiempo mi esperanza iba matando.
Ni un recuerdo siquiera de Maria,
del modelo de gracias y de encantos
lograba conseguir! Oh! tu no sabes
lo que resistí yo...

Maria.

No has observado
mi demacrada faz? nada te dice?
El deber, el amor me torturaron,
y la esencia del alma combatida
en un espectro, Enrique, me han tornado.
Ocho meses al lado de un enfermo,
à quien de mi reposo en holocausto
de mi infidelidad, luz macilenta,

fatídica y mortal, fuera alumbrando
mi insomnio y padecer, y al ronco aliento
que daba el moribundo por descanso,
en la mansion sombría, mi belleza
disiparse miré. Ya destrozado
por el remordimiento el pecho mío,
á la luz diamantina de los astros,
aire busca en su ahogo, allí respira.
Y tu memoria, Enrique, y tus halagos,
y tu olvido, las fuerzas me arrebatan
y á tantas sensaciones no me basto.
Ya lágrimas no tengo ¿te entristeces?
Viviré para tí. Contigo alcanzo
otra vez mi hermosura... somos libres,
y yo soy quien dispone de tu mano.
¿No es cierto, Enrique mío?

Enrique.

(*Aparte*) Sus acentos
están mi corazón martirizando.
Amalia, ángel de amor!.. yo abandonarte?

Maria.

¿No es cierto, Enrique mío?

Enrique.

(*Aparte*) Cual batalló
con el amor y la inquietud! (*alto*) Yo siempre
conservaré en mi pecho tu retrato:
yo siempre te amaré dulce Maria...

mas ser tu esposo el cielo me ha negado.
Cual antes te querré... si, que nos una
solo de amor indisoluble lazo.

Maria.

Basta!.. Basta, cruel! No sois Enrique,
sois un pérfido, sí, sois un villano.
Juramentos, cariño, profanais,
babeis la flor de mi belleza ajado:
la frente de una esposa sin mancilla
escarnecido habeis, hombre nefando.
Y cuando del dolor y la vergüenza
exánime al sepulcro yo me arrastro,
¡yo que era tan hermosa!.. convertida
en escuálido ser, y cuando os llamo
para que hasta la tumba me guíeis
dándome algun consuelo, y con un ramo
cubrais de flores mi manchada frente,
un sí ante los altares pronunciando,
¡arrojais à la víctima que espira?
y la insultais con risas y sarcasmos? sa)
¡Adultera dos veces!! Oh!. matadme.. (pau-
Es ya mucha espiacion, Dios soberano.
(Queda suspensa con la cabeza inclinada so-
bre la mano.)

Enrique.

(Aparte) Siento latir mi pecho con violencia!
ven en mi auxilio Analia (pausa) Huiré... y
me salvo (va á marcharse y lo detiene Maria)

Maria.

No me abandones ahora, Enrique mio...
la angustia me dà miedo.

Enrique.

Sosegaos.

Maria.

Consumida de amor y de tristeza,
por los remordimientos desgarrado
mi pobre corazon... oh! no me dejes,
mi postrimer aliento està cercano.
Yo necesito verte, caro Enrique,
si he de morir tranquila... de tu lado
no me separes, no... Seré tu esclava,
y oculta verteré mi ardiente llanto
por no afligirte: sonreiré contigo
cuando mire sonrisa entre tus lábios.
Yo te vendeciré cuando mis ojos
se cierren para el mundo, porque al cabo
en mi acerba espiacion, tú, Enríque mio,
mi espíritu abatido has alentado.

Enrique.

Por piedad cesá en tu decir, que el alma
me llena de amargor y me dá espanto.
Oh! si mi honor retroceder pudiera... (*pausa*)
No es posible Maria, está empeñado
y el oprobio y baldon me cubririan,

sino firmo à don Pedro ese contrato
que me une à Amalia y que la paz me roba.

Maria.

El honor te lo ordena! (con profundidad)

Enrique.

Si, otros lazos
formemos de amistad, dulces, eternos...
yo existiré por tí como un hermano.

Maria.

Tú en un delirio de placer y amores,
y yo de afrenta y celos espirando!!!
Otra embriagada en tus caricias!! Nunca.
Sus besos, sus delicias, sus halagos,
de mis entrañas, de mi ardiente pecho
fueran, Enrique, destrozantes garfios.
Veré à don Pedro, impediré tu enlace...

Enrique.

Maria no te oirá... debes pensarlo.

Maria.

Pues bien, te seguiré, serè tu sombra,
y cuando con tu Amalia festejado
mas placentero estés y mas dichoso,
yo negro ser de fúnebre presagio,
enseñando mi faz seca y rugosa,
pies temblorosos, descarnadas manos,

el cabello en desórden con demencia,
esclamaré frenética. El malvado
que el ampo, velo de la casta esposa,
desgarró de esta pobre con engaño,
el que la paz y la hermosura juntas
le robó sin piedad, el inhumano,
es, don Enrique!!... huid! compadecedme!
Mil voces en tu oído resonando,
«Maldición!» te dirán...

Enrique.

Es imposible.

Eres madre.

Maria.

¡Qué horror!... si... lo he olvidado.
Tengo un ángel por hija, refulgente,
pura como la gloria de los santos...
¿quién á empañar su brillo se atreviera?

Enrique.

La sociedad cruel.

Maria.

Es vil, es falso...
los hombres como tú que la corrompen.
Tiembra de Dios al poderoso brazo,
de ese Dios que ofendí, y que me niega,
por no darme consuelo, el triste llanto.

Enrique.

No te lo negará. Pronto el reposo
tu agitacion y padecer calmando,
al lado de tu hija candorosa
encontrarás, Maria... siento pasos...
Oh! ten serenidad

Maria.

Señor, clemencia!
Soy madre!. (pausa) Llenaré mi deber santo

ESCENA SETIMA.

*Dichos Carlota y Amalia que entran sin
reparar en Enrique.*

Carlota.

Amalia, mamá querida,
no bien á la córte llega
cuando á mis brazos se arroja,
y anhela verte...

Enrique.

(*Aparte*) O Dios, ella!...

Maria.

Resignacion. (*Aparte*)

Amalia.

(*Abrazándola*) Qué placer
en abrazaros encuentra
mi alma!

Maria.

Amalia, sois
tan afable como bella.

Carlota

(reparando en don Enrique)
Don Enrique!

Amalia.

Dulce amigo!

Enrique.

Servidor de ustedes (*aparte*) Pueda
ocultar mi agitacion.

Maria.

(sentándose) Dispensad por mis dolencias
que tome asiento.

Carlota.

Mamá

¿aun sigues mas indispuesta?
Estas conmovida, y creo
que te agobia la tristeza.
¿Quieres algo?

Maria.

No hija mia.

Amalia.

Mucho, señora, me pesa

veros tan débil. Yo espero
que pronto el cielo os conceda
la salud y la alegría.
¿Quién cual vos lo mereciera?
Mandad cuanto apetezcáis,
vuestro estado así lo ordena.
Ademas, los cumplimientos
conmigo!.. nada, franqueza.
Soy la amiga de Carlota,
y pronto su hermana.

Maria.

Quiera
el Cielo haceros dichosas
como mi alma lo desea.

Carlota.

(*aparte*) Tan abatida, jamás
la miré.

Enrique.

(*aparte*) Hoy mi conciencia
me tortura.

Amalia.

Vuestra hija
sumisa, obediente y tierna
seré. En ello don Enrique,
con quien esta noche mesma
me desposó, ha de tener

una dicha muy completa,
os quiere mucho ¿no es cierto?

Enrique.

Tengo un placer... (*aparte*) Esta escena
es un castigo.

Maria.

(*aparte*) Abandonan
á mi espíritu las fuerzas.

Amalia.

Para Enrique y para mí,
como una ventura inmensa
reclamo una buena parte
de la maternal terneza
que profesais á Carlota.
El es digno por sus prendas,
y porque me sabe amar
como á su ángel en la tierra.

Carlota.

Y quién, amiga querida
dejarte de amar pudiera?

Maria.

Disponed de mi cariño.
(*aparte*) Ay! se inclina mi cabeza
por el sufrir.

Amalia.

Tantas gracias.

Yo os daré la recompensa
con mi gratitud. Oh! tengo
que usar de vuestra prudencia
para que me aconsejéis.

De mi cara madre huérfana,
reemplazarla, y os querré
tanto como quise à ella.

Os diré de mis amores,
aunque algun rubor padezca,
su anhelo vehemente, para
hacer la dicha perpétua
de Enrique, por quien suspiro.

*(observando la inquietud de Enrique, le
dice)*

Amigo, si te molestas
sabe que à una tierna madre
no se le tiene reserva.

Maria.

(con sonrisa dolorosa)

¿No lo escuchais don Enrique?

Me elige su confidenta.

Enrique.

(toma el sombrero)

Señoras... *(hace una inclinacion de ca-
beza y se va.)*

Amalia.

Te vas Enrique?

Maria.

(*aparte*) Tal vez por siempre me deja!

ESCENA OCTAVA.

Maria, Amalia y Carlota, que sale y entra al final de la escena.

Carlota.

A traerte mamá, voy una toma
de la cordial bebida.

Es ya la hora.

Maria.

Tu cuidado solo
es el cordial mejor para mi vida.
Mas depon los temores,
hoy me encuentro mejor.

Amalia.

Con cuánto gozo
esa palabra escucho!

Carlota.

No importa, la traeré... te sirve mucho (*seva*)

Amalia.

Nada os falta, señora, lo comprendo,

con vuestra dulce hija;
pero yo mis afanes à ella uniendo
haré que vuestro mal nunca os aflija.

Maria.

Gracias, gracias, Amalia, vuestro pecho
es puro y generoso,
y no en vano una madre en mí buscara.

Amalia.

Aprovecho este instante tan precioso
para que me guieis.
Mi alma á vuestra bondad se entrega toda

Maria.

Teneis mi confianza.

Amalia.

Hoy, señora, se logra mi esperanza.
Y desde el, para mí, feliz momento
de mis gratos amores,
ni he alcanzado el delirio que ahora siento
ni cual hora concibo mil temores.
Un dia celestial, contemplé à Enrique
à mis pies estasiado,
un torrente de amor sus lábios eran.
Su corazon amante y abrasado
el àngel me llamaba
que encerraba sus glorias en la tierra.

Maria.

Basta, Amalia!

Amalia.

Yo oía
su acento encantador, que me pedía
un sí, que le concedo enagenada.
Oh! nunca dos amantes
sintieron una llama tan sagrada
cual los dos en tan plácidos instantes.

Maria.

Bien, Amalia!. (*aparte*) Dios mío, gota á gota
voy la hiel apurando.

Amalia.

De entonces nuestros días se deslizan
ternezas, juramentos presenciando,
con un afán tan solo...
Este ansiar va á cumplirse... eterna dicha
nos dará el himeneo...

Maria.

Ay!

Amalia.

Al coronarse mi feliz deseo,
cuando de gozo el corazón palpita...
perdonadme, señora,

desconfío de Enrique. Esto me agita,
me persigue esta idea aterradora.
Hombre de mundo, de modales bellos,
en pos de los placeres
siempre corrió, sin duda haya sentido
la ternura y amor de otras mugeres.

Maria.

(*aparte*) Que espacion tan terrible!

Amalia.

Yo que conservo un corazon sencillo,
que la virtud venero,
víctima desgraciada ser no quiero
de esos hombres de moda que sonrien
con el llanto y la pena,
de esos hombres de moda, que se engrien
si por capricho á una muger condenan.
No dudo yo de Enrique; mas vacilo.
Vos que le conoceis,
que me habeis ofrecido ser mi madre,
os pido en caridad me aconsejeis.

Maria.

Qué me dices, Amalia?

Amalia.

Lo que vuestra bondad me aconsejare
escucharé afanosa.
Nunca tuve una madre cariñosa

que me enseñata el bien. Decidigno es cierto
que es fiel mi Enrique, honrado
que del mundo el bullicio, ni el conocio
han su pecho sensible emponzoñado?
Que su primer amor, su amor profundo
yo tan solo alcantara, ¿por qué me amara
que es por su pasión, sus juramentos...
que vive para mí, que nunca amara
como a su Amalia adora?

Benévola calmad hoy mis receles,
tránquilizad mi suerte; si hoy me enseñad
enseñadme á agradando hasta la muerte.
Soy vuestra hija, sé vuestra ternura,
conozco vuestra ciencia: ¿por qué me enseñad
cerca está mi desdicha ó mi ventura,
¿no dareis proteccion á mi inocencia?

Maria.

(arrebataada por la venganza.)

Si, Amalia, si, mi maternal afecto,
serà tu luz, tu guia.

Yo velaré por tí con mi cariño...

Si, Amalia, si... abrázame, hija mia,
(se abrazan)

Amalia.

Oh! Bendito Dios sea!

Maria.

*(satisfecha por la ocasion de vengarse, con
profundidad)*

Y yo tambien, Amalia, lo bendigo!
Cual nunca complaciente
acato su justicia omnipotente.
Es verdad, candorosa, sin mancilla;
nunca tu dulce calma
altere un seductor ¡nunca! que brilla
hoy la inocencia en tu apacible calma.
Huye, si, de esos pérfidos amantes
que adoran por oficio, (faman,
sin creencias, ni honor... que al mundo in-
que es su gloria y su Dios tan solo el vicio.
De esos que solo saben
fascinar con dolosa y dulce habla,
y abejas por las flores
solo dejan veneno en sus amores.
Huye de sus promesas y delirio,
música con que gozan,
que anuncia la tortura y el martirio
del corazon sensible que destrozan.

Amalia.

Me haceis temblar!.. decid, decid si Enrique,
á quien mi amor confio,
es uno de esos hombres despiadados.
Decid que sabeis de él, decid...

Maria.

Dios mio!

(pausa, luchando con el sacrificio que hace)

(*aparte*) Yo!... jamás. Oh! recibe
el sacrificio atroz que te consagro.

(*alto*) No, Amalia. Enrique es... (*con amargura*) bueno:

Es... bondadoso y noble, y en su seno
se abriga la lealtad.

Amalia.

Ah!... gracias, gracias.

Nunca en su acento puro
pudieran encubrirse las falacias
de un hombre que es perjuro.

(*che*)

(*pausa*) Rucuerdo en el jardin... era una no-
que bechizaba la luna,
y al jurarme contancia me decia,
«Nadie me inspiró amor... nadie, ninguna» .

Maria.

¿Qué decis? (*aparte*) ah! fallezco!

Amalia.

Solo por tí mi corazon palpita
porque cándida eres,
y el inefable bien y los placeres
existen del amor en la pureza.

La que mancha su velo,
y olvida su decoro y su nobleza,
solo desprecio encontrará en el suelo.

Maria.

Por compasion!.. callad. Vuestras palabras

son infernal castigo.

Amalia.

Enrique dijo bien: á las mugeres
que faltan á su honor, yo las maldigo.

Maria.

(*exaltada.*) No!... detened la lengua,
que desgarrais el corazon, y arroja
la sangre á borbotones!...

El imperio que ejercen las pasiones
no conoceis aun: vos escudada

con la hermosa inocencia,
maldecis á una esposa desgraciada,
ó una jóven tal vez sin experiencia.

Vos ignorais del corazon amante
de muger infelice,

su ardiente desear, su fè sencilla!...

A una pobre muger no se maldice.

Guardeos el Cielo santo

de infame seduccion; de esos que agita
las antorchas brillantes

de la prostitucion, los elegantes
de corazon vacío, que seducen

con sacro juramento,

y á la muger que ama la condenan
á desprecios sin fin... á los tormentos.

Creer y amar, nuestra mision ha sido,
tal al Señor le plugo,

y al buscar en el hombre amor, consuelo,

nuestra voz cariñosa halló un verdugo.

No maldicid, Amalia,

á la pobre muger que en un momento

se olvida de sí misma,

y tras de un hombre seductor se abisma,

y halla solo en el mundo llanto eterno.

No con fatal encono

la maldigais jamás, que en su abandono

huel y dolor arrójale al infierno.

No la maldigais no, que ella se insulta

en su horrible querella,

y pide en su estertórica agonía

por alivio, al Señor, una centella,

que su delirio acabe,

y de su infanda y despiadada vida

rompa los feblez lazos

y le haga el corazon cien mil pedazos.

Tenedles compasion ¡ay! perdonadme

mi frente está abrasada.

No sé *que digo*, no... *(pausa)* Siento....

(cae aletargada sobre el sillón.)

Amalia.

Ayudadme!

se desmayó!.. venid

*(aparece Carlota con un pomito en que traia
la bebida y lo arroja sobre la mesa para
acudir á su madre.)*

Carlota.

Madre adorada?

(sin sentido)

Beatriz (llamando) Beatriz?... se encuentr

Amalia.

Que al instante remedio se le aplique...

Carlota.

(*aparte*)

Llegó en menguada hora don Enrique!

Amalia.

(*aparte*)

Tambien mi corazon reclama auxilio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Beátriz y Carlota.

Beátriz.

Ay! apenas, señorita,
del susto calmarme puedo.
Jamás en tanto peligro
desde que está padeciendo
la he mirado. ¿Cómo sigue?

Carlota.

Bien sosegada la dejo.
De otros síncope se queda
con cruel abatimiento;
pero de este, ni aun se nota
el mas leve desconcierto:
está animada, y su rostro

aunque pálido risueño.
Pobre mamá, con que veras
pido tu salud al Cielo!

Beatriz.

Váyase usted à descansar
un poquito... el gran señor
aliviara el padecer
con que se agita su pecho.

Está usted gloriosa, ¿verdad?
toda su afliccion comprendo.
Yo cuidaré á la señora:
en esta estancia me quedo.

Carlota.

Dormir!... soy joven, amiga
y solo en mi madre pienso. A
Vé y recíbela don Arturo. Es
que por instantes espero mal.
Avisa sin detencion, por favor.
Beatriz.

Mi gusto está en complacerlos. (se va)

ESCENA SEGUNDA.

Carlota sola.

El gozo de este mundo en su dorada copa,
encierra para el alma la venenosa hiel, (cía
¿por qué, Rey de los astros, no salvas la inocen

cuando ávida, la apura con ansia de placer.
 Del cándido embeleso, despierto a los amores,
 me agito dulcemente, bendigo mi ilusión,
 y al ver las blancas rosas de la nupcial corona,
 pesares acibaran mi tierno corazón.
 Resuenan en mi oído palabras misteriosas
 que osara en su letargo frenética decir (ta,
 mi dulce y cara madre «Enrique, Amalia, afren-
 cruento sacrificio... desprecio... honor... morir.»
 Ideas de amargura se cruzan por la mente...
 Mi madre! (pausa) ¡Dios mio! Es pura...
 no, jamás.
 Mi pecho necesita calmarse en este instante
 y quiero en la inocencia volver a descansar.

... ESCENA TERCERA
 Carlota, Beatriz y Arturo.

BEATRIZ.

Don Arturo se desespera.

CARLOTA.

Que pase al punto, Beatriz.

(se va Beatriz)

Llegó el momento feliz

que mi casto amor luciera.

ARTURO.

Carlota!... cuánto placer!...

Un siglo me parecía

que tus gracias no veia!
Tu no puedes comprender
lo que mi pecho en tu ausencia
ha sufrido!., se angustiaba
porque todo le faltaba
al saltarle tu presencia.
Aunque de tu fò seguro,
dime; dime que me adoras,
dime que en tu alma atesoras...

Carlota.

Lo dudas, querido Arturo?
por tí mi pecho adormido,
por tí principió à latir:
tu le has dado otro vivir...
tu eres su ser bendecido.

Arturo.

Sigue, sigue, que tu acento
que mi corazon codicia,
una celestial delicia
derrama en este momento.

Carlota.

A los placeres agena,
en silencioso retiro,
à tí mandaba un suspiro
y se calmaba mi pena.
Flor que en la mansion sombría

sufre y pierde su arrebol,
era tu memoria el sol
que à la vida me volvía.

Arturo.

Y hoy de tanta gracia dueño
¿voy á ser? oh! me arrebató
la alegría!... se dilata
toda mi existencia!... sueño.
Me confunde la ventura.

¿Tú formada para mí?

Yo soy en el mundo, sí,
la mas dichosa criatura.

Oh! yo no vivo en el suelo,
que arrobado en tu belleza,
goza mi alma la pureza
que se consigue en el Cielo.

Mañana, mas dulcemente
oiré yo tu sí divino,

que el sediento peregrino
el murmullo de la fuente.

Y tú que mi afanar vez,
y mi ardor, y mi delirio,
¿por qué, cual ajado lirio,
míro en tí esa palidez?

Mi amor contento á mi padre,
nuestro amor Dios santifica,
ese silencio ¿qué explica?
¿dudas de tu tierna madre?

Carlota.

Tu cariño no concibe
lo que me quiere y la adoro;
es Carlota su tesoro,
y solo por su hija vive.

La pasión que nos abrasa
satisface a su deseo;
mas yo sufriendo la veo,
y el corazón me traspasa.
(se acerca Maria lentamente)
Mas he! cuán afligida
hoy la tienen sus dolores.

Arturo.

Bendiga nuestros amores
y yo le daré mi vida.

ESCENA CUARTA

Carlota, Arturo y Maria.

Maria.

Don Arturo aquí.

Arturo.

Señora!
(le presenta un sillón en el cual se sienta Maria)

Maria.

Mil gracias.

Carlota.

Con tu licencia
me alejo, mamá!

Maria.

(aparte). La causa
es muy justa; muy honesta

(alto) Bien, Carlota;

Carlota.

(yéndose) Yo no sé
porque mi pecho ahora tiembla (se va)

Maria.

Sentaos don Arturo.

Arturo.

(á los pies de Maria)

No,

á vuestros pies mi alma espera
un bien inmenso... el que solo
para mí existe en la tierra.

Dejadme que el dulce nombre
de madre os dé, que hoy obtenga
la mano de vuestra hija
donde mi gloria se encuentra.

Maria.

Levantad...

Aquí á mi lado

os hablaré. (*se sienta*) En gran manera
me es grata vuestra eleccion,
porque conozco las prendas,
don Arturo, que os distinguen.
Dignas son de la belleza
del alma sencilla y pura
de mi Carlota! Por ellas,
porque sabreis apreciar
el tesoro que os entrega
mi maternal corazon,
os la concedo.

Arturo.

Oh suprema
felicidad... sois del Cielo
una hermosa mensagera
que Dios me envia. Yo os juro,
del Señor en la presencia,
vivir para vuestra hija,
y con gratitud eterna
recompensaros la dicha
que hoy me dais.

Maria.

Así lo espera
mi afecto de vos, os pido,
pues ya agotadas mis fuerzas
pocos dias en el mundo
que sobrevivir me quedan,

que la ameis mucho, y que siempre
le recordeis mi terneza,
el cariño de su madre (*enternecida*)
que tanto la quiso... sea
vuestra estimacion su amparo...
Solo ese, Arturo, le queda.
Ay! tan cándida y amable
y pronto habré de perderla!..
Y pronto sobre mi tumba
vertirá lágrimas tiernas! (*enternecida*)

Arturo.

Me afiljis! oh desechad
tan contristadas ideas...
Gozareis á nuestro lado
y pronto os veremos buena.

Maria.

Dios lo permita, hijo mio.
Ya sé que tendreis licencia
de vuestro padre, no obstante
es necesario que venga
y me hable.

Arturo.

Justamente
no tardará, lo desea.
No sabeis con qué desvelo
por mi dicha se interesa,

y cuando su agrado es...
(entra Lorenzo y sale al instante)

Lorenzo.

Dais vuestro permiso.

Maria.

Entra.

Lorenzo.

Un criado de don Pedro
este billete me entrega,
con encargo de que al punto
en vuestra mano os lo diera.
(lo entrega y se va)

Arturo.

(aparte) De mi padre!

Maria.

(aparte) Qué será
cualquiera cosa me aterra.
(dirigiéndose á Arturo)

Dispensad...

(lee, y concluido queda abatida)

Oh! mas suplicios!

Virgen Santa, Abed clemencia!

Arturo.

¿Qué contiene ese billete?

Vuestra mutacion me llena

de aciago temor.

Maria.

Leed... (*Le da el billete que lee en voz alta Arturo*)

Arturo.

«Mi señora doña Maria Dionis: Sé que en este instante mi hijo Arturo os pide la mano de vuestra hija Carlota: negársela pues por razones imperiosas no podría yo concederle permiso para este enlace. — Pedro Huson»

(*representa*)

Se me estrelló la cabeza

de furor... (*pausa*) No, no es posible

que esto mi padre escribiera...!

esto es una infamia, vuelvo

á sus pies, le haré que venga

al instante... vos le direis...

esto ha sido una vileza...

¡Calmaos, señora, calmaos...

perdonadme... Ay del que sea

el malvado que sorprenda

á mi padre... (*toma el sombrero y sale*

enfurecido)

Maria.

Si, que venga.

ESCENA QUINTA.

Maria sola.

¿No bastaba, Señor, á tu justicia,
á la vez que á tu cólera tremenda,
destrozar las entrañas infelices
de una débil muger, por una ofensa?
No bastaba, Señor, en la tortura
prolongar del espíritu las fuerzas,
ni era bastante al prepotente encono
lágrimas, espiacion, mortales penas?
Tambien á mi Carlota, al ángel mio,
puro como el no ser, como tu esencia?
¿Qué te hizo la inocencia? Ay.. perdonadme
no se que digo, ni decir debiera.
Infortunada niña! los dolores
tu madre te los brinda con su afrenta.
Pronto te dejaré, soy una planta
que el aire que respiras envenena.
No me maldigas no, si acaso un dia
ante tu luz radiante se presenta
mi deshonor, comprende mis tormentos,
y compasion, Carlota, te merezcan.

(pausa)

Le ocultaré esta nueva... costaria
lágrimas de ponzoña á su inocencia
(tira de la campanilla para llamar)
Veré á don Pedro, lo conozco, tiene

el corazon y el alma de una buena.
Y que me importa al fin!.. salve á mi hija,
é imponga un sacrificio, aunque yo muera.

ESCENA SESTA.

Maria y Carlota.

Carlota.

Qué deseas, mamá? dime...
Dios bondadoso ¿qué observo?
Arturo sin despedirse
se fué, y en tu rostro veo
la amargura, y en tus ojos
algunas lágrimas? Cielos!
Calma mi ansiedad, di pronto...

Maria.

Sosiegate: te lo ruego.
yo angustiada?... no hija mia,
¿no miras como me alegro?

Carlota.

Pero el cariño de Arturo
no obtiene todo tu aprecio?

Maria.

Si.

Carlota

Alguna dificultad
pones tú á nuestro himeneo?

Carlota.
 Entonces por qué se ha ido?
 per qué no ví su contento?
 por qué con él á tus pies
 no me arrojé á un mismo tiempo?

Maria.

Tranquilízate. Bien pronto
 llegará á casa don Pedro.
 Solo á él recibo: me avisas.
 descansar un poco quiero.
 (se va al dormitorio y dirá al irse
 aparte)

Descansar!.: consiga solo
 verter lágrimas de fuego, (se va)

ESCENA SETIMA

Carlota sola.

Mi pecho se oprime!
 La duda Dios mio
 con velo sombrío
 me viene á inquietar.

Augurios funestos
 ocupan mi frente.
 piedad, Dios clemente!

que aleje el pesar
y mi vida
por tí sea bendecida.

Tu sabes que apenas
mi vida halló encanto,
tristezas y llanto
tan solo escuché.

Doliente mi madre,
bebí en su ternura,
tan solo amargura
que á tí consagré.

Ay! mi vida
por tí sea bendecida.

Gozar quiere el alma
que no te ha ofendido
bastante he sufrido
bastante, Señor.

Derrama en mi Madre
tu dulce clemencia:
guarda mi inocencia,
bendice mi amor.

ESCENA OCTAVA.

Carlota y Enrique.

Enrique.

Doña Carlota, dispensadme...

Carlota.

(aparte) Infausta me es su presencia.

don Enrique...

Enrique.

Necesito
ver a mamá: me interesa
que sea ahora, al instante...
mi corazón os lo ruega.

Carlota.

Me es sensible no poder
complaceros cual quisiera;
pero en el lecho postrada
no recibe.

Enrique.

Aunque padezca
anunciadme: os lo suplico.
Yo sé, Carlota, que aprecia
mi visita.

Carlota.

Por vos solo
satisfago esta exigencia.
(se va por la puerta del fondo que dá
al dormitorio de Maria.)

ESCENA NOVENA.

Enrique solo.

Cultura y elegancia! no es bastante
el corazon esceptico que dais,
hay un poder que acusa, que reprime,
y del alma á despecho se apodera.
Nubes vagantes de matices bellos,
el eléctrico fuego en sí contienen,
el rayo y destruccion, despues... la nada.
Giré en pos de p aceres: nunca, nunca
vi en el amor, en la virtud austera
poder, ni voluntad ¿por qué hoy mi pecho
el campo es de una lucha encarnizada,
de encontradas pasiones? por qué escucho
una voz que me grita «rinde ateo
culto à la dignidad del alma noble?
Qué hacer en situacion tan angustiosa?
Yo mismo no lo sé... pronto Maria
quizá marque por siempre mi destino.

ESCENA DECIMA.

Enrique y Carlota.

Carlota.

Nada. Lo mismo que os dije:
no le permite su estado
recibiros.

Enrique.

Ni á mi nombre...

Carlota.

Don Enrique, ha sido en vano.

Enrique.

Me es urgente...

Carlota.

Caballero,
sentiria recordaros
cuanto á una señora enferma...

Enrique.

Perdonad, no lo he olvidado. (hablaré
Quedad con Dios (*aparte yéndose*) Le
á pesar de su mandato.

ESCENA UNDECIMA.

Carlota sola.

Nada le he dicho á mamá
he obrado con mucho acuerdo.
No sé por qué don Enrique
me infunde aversion y miedo.
Su última entrevista!... oh!
perdóneme el justo Cielo;
pero él agravó la pena
de mi madre... es un misterio.. (*pausa*)

en que no debo pensar,
ni deseo comprenderlo.
Ademas, solo recibe
mi cara mamá á don Pedro....
á ese si... si, cuanto llegue
yo le avisaré al momento.

ESCENA DUODECIMA.

Carlota, Beatriz, y despues don Pedro.

Beatriz.

Don Pedro espera permiso ...

Carlota.

Beatriz, que pase al instante. (*Se va*
Dios piadoso, que mi amor *Beatriz.*)
hoy su ventura afiance.
(*entra don Pedro.*)

Pedro.

Carlota, afable os saludo.

Carlota.

Yo soy vuestra servidora,
dignaos tomar asiento
(*se sienta*)

Pedro.

Gracias. En mamá se nota
mejoria?

Carlota.

Por intervalos,
mas siempre disfruta poca.
Voy à anunciaros; mandó
que lo hiciese sin demora. (*se vá.*)

ESCENA DECIMA TERCERA.

D. Pedro solo.

Yo he de sacar hoy partido.
¿Cómo poderlo dudar?
todo lo consigue al cabo
un carácter pertinaz.
Mi afan hoy triunfa y me vengo.
Esto se llama aguzar
el ingenio!.. Que me implore,
que me escite á la piedad,
que haya lágrimas... no se
mas que morir ó triunfar.

ESCENA DECIMA CUARTA.

*Maria y don Pedro, (que le presenta
el sillón y se sientan.)*

Maria.

Vuestra salud don Pedro me complace.

Pedro,

Siento no sea la de usted enjmda.

Maria.

Así mas compasiva me vereis.

Pedro.

Mí pecho no conoce la venganza.
Estoy á vuestras órdenes, señora.
Arturo en vuestro nombre me rogaba
que os viese en el momento, y ya lo veis
que nadie en agradaros se me iguala.

Maria.

Por mí solo venís?

Pedro.

Seguramente.

Maria.

Por vuestro Arturo, no?

Pedro.

Por el... yo...

Maria.

Basta.

No se estinguió vuestro mortal encono,
ni lo calmó siquiera la desgracia.

Pedro.

Ignoro por qué así me estais juzgando.

Maria.

¿Sabeis que vuestro Arturo à mi hija ama?

Pedro.

Si.

Maria.

No habeis vos protegido estos amores?

Pedro.

Si.

Maria.

La dulce candidez, la noble alma
de mi Carlota, conocido habeis?

Pedro.

Es bella, amable, complaciente, santa.

Maria.

Y era vuestro un billete, que hace poco,
negándose à este enlace, me entregaban?

Pedro.

Sin duda alguna os lo mandé, señora.

Maria.

Esa frialdad, don Pedro, hiela, espanta!
¿y sois padre de Arturo, y os gozais
en lanzarlo al dolor, y á la desgracia?

Pedro.

Dispongo de mi hijo, y mis acciones
nadie tiene derecho á censurarlas.

Maria.

¿Qué decis? oh! me aterro al escucha, os!
¿y es un hombre de honor el que me habla?
¿qué derecho me asiste! así ultrajais
el respeto y decoro que me ensalzan?
Así el amor de madre, la inocencia
respetais caballero? ¿Cuál la causa
de tan atroz conducta, que los tigres
si tuvieran razón no la igualaran?

Pedro.

No lo ignorais, por Dios, juré vengarme,
y yo no se ceder: la hora es llegada.
Os amé con delirio, por tres años
mi sueño, mi existencia os entregaba.
Desvelos, privaciones, sacrificios,
no os debieron, señora, una mirada.
Orgullo sobre orgullo, y el desprecio
fueron la recompensa de mi llama.
Contento yo mi suerte sufriría
si el deber de una esposa lo mandara;
pero sufriendo mi cruel tortura,
Otro impúdico amor os solazaba
con don Enrique ..

Maria.

Ah! piedad! clemencia!
Don Pedro me matais! héme postrada
á vuestros pies.

Pedro.

Oídme: levantaos (*se levanta*)

solo en mi losa tomas. tus reflejos
 no me roban, iniquos, los mortales
 que están gemir y temblar en pecho.
 Si mi pobre Carlota, en la alta noche
 agita el ojo, lo mira otro y en su
 asombro
ACTO TERCERO.
 la mancha horrible que en mi frente llevo
 obnubila esta gracia, ya que el mundo
 se complazca en mi amargo desconcierto.

ESCENA PRIMERA

*la misma decoración. Principia a oscurecer entre
 la luna por el balcón que da sobre Maria, que
 está abatida sobre un sillón.*

ESCENA PRIMERA

Entran
Maria sola.

Melancólica luna, que derramas
 balsámico reposo en tu silencio,
 y del alma calmando los suspiros,
 la haces vagar por el espacio inmenso!
 Guarda, magestuosa, que sublimas
 las tenebrosas tumbas de los muertos,
 sobre mi corazón tan angustiado
 esparce la quietud, que alcance el sueño
 Si dado no te es, por mi infortunio,
 benigna en mi sepulcro, se a lo menos

que no turben mi paz. Tu luz serena
solo en mi losa toque! . tus reflejos
no me roben, impios, los mortales,
que harán gerair y retemblar mi pecho.
Si mi pobre Carlota, en la alta noche
llora en mi yerto mármol, yo te ruego
que velada de nubes, no le muestres
la mancha horrible que en mi frente llevo!
Concédeme esta gracia, ya que el mundo
se complace en mi amargo desconsuelo.

ESCENA SEGUNDA.

*Maria, y Enrique que sale por la puerta del fondo
que es la del dormitorio de ella.*

Enrique.

No se complace, no.

Maria.

Ah!.. quién?

Enrique.

Maria!

Maria!

¿Quién la mansión del padecer profana?

Huye de aquí, y en mi agonía acerba...

dejame en soledad, deja mi alma

hombre de perdición... que a Dios implore.

¿Quién en mi dormitorio te ocultara?

Me venden sin piedad!

Enrique.

Nadie, **Maria,**

(muestra una llave)

Ve esta preciosa llave. ¿Tu olvidabas
que tu pasión me la cediera un día,
y hasta tus dulces brazos me dió entrada?
Basta ya de sufrir: vengo a salvarte.

Maria.

No observas que la muerte me reclama?
Remedio para mí!.. no hay en la tierra
mas que verdugos que me ofrecen ansias
y tormentos sin fin.

Enrique.

Esas ideas
depon en este instante, que taladran
mi corazón amante. Oye, **Maria,**
oye por compasión.

Maria.

Lo quieres?.. habla.

Enrique.

Una ilusión fugaz, tal vez don Pedro
encendiera mi amor con su hija Amalia.
Mi educación, la ausencia de tu lado,
mal entendido honor, fueron la causa
de toda la amargura que vertiera
sobre tu noble y tu sublime alma.

Me retiro al silencio, conmovido
 por tu intenso penar: en vano llama
 mi pasión á la jóven prometida,
 en vano illi cabeza atormentada
 evoca el sueño... mi conciencia grita,
 y tan solo contemplo enontananza
 una hermosa mujer, pálida, tierna,
 símbolo del amor, rodillada
 al pie de un atahud, que á los reflejos
 de amortiguada luna me llamaba.
 «Adios, Enrique! mi postrer suspiro
 es para tí, me dijo, y no me amas!
 Adios!» Y en el momento su cabeza
 hace esparcir su cabellera larga.
 y velo de la muerte, sus facciones
 para siempre jamás de mí ocultaba.
 La vision me consterna!... un sudor frío
 vierte mi cuerpo y me estremecia.
 Se pasa el estupor á la hermosa,
 y el Cielo compasivo la animaba.
 La miro, y eras tú! tú, si Maria,
 el ángel de mi amor, gloria del alma.
 En tu paz del corazón, la dicha
 de la vida se halla en tu seno.
 Del mundo terrible, ven conmigo al
 velar á las selvas solitarias
 inundados de amor. nuestros suspiros
 no se interrumpiran, los cubra el aura;

y otra vez agitados por nosotros
volverán á encender la ardiente llama.
En tan dulce abandono sus amores
las aves cantaràn: lindas guirnaldas
las flores tejerán sobre tu frente
dàndoles su color y su fragancia.
Ven á mis brazos, ven, vuela conmigo
á morirnos de amor. Deja esta estancia
de profundo dolor, deja esta córte
que á los dos nos sepulta en la desgracia.
Huyamos para siempre... mi universo,
mi perpétua ventura en tí se alcanza.

Maria.

Qué dulce frenesí... divino sueño!...
Los àngeles del Cielo me lo mandan.
No despertadme, no!.. por las florestas
arrobado mi pecho se dilata...
Yà me veo en la linfa de una fuente...
vivífico frescor mi sangre calma!
Ya mi pálida frente se colora! (cha!!
Es pura y tersa... ¡O Dios!.. no tengo man-
Enrique! caro Enrique!!

Enrique.

Si, Maria,
es tu querido Enrique el que te habla,
que en amor incendiado, te bendice.
Volemos al placer.

Maria.

Oh! sin tardanza
huyamos del horror de este aposento.
Necesito otro aire! me faltaba
mi Enrique... ya lo alcanzo... sí, volemós:
á tí está mi existencia consagrada.

Enrique.

Siento pasos Me oculto. Tranquiliza
tu agitacion... la gloria nos aguarda.
(*Se oculta Enrique en el dormitorio de Maria.*)

ESCENA TERCERA.

Maria y Arturo.

Arturo.

Perdonadme, Madre mia,
si ahora importuno os molesto.
Nada me ocupa en el mundo
mas que Carlota: no pienso,
ni miro nada, ni oigo,
mas que su beldad, su acento.
Sin ella no hay alegria
para mi: todo desierto
lo encuentra mi corazon,
que respira en el incendio
de esta pasion amorosa.
Señora, dadme consuelo.

(*En este instante entra Lorenzo con dos*

bujías que pone encima de la mesa y se retira de contado.)

Maria.

Yo, Arturo! yo, que de acibar,
tengo rebosando el pecho!

Yo, madre infelice, que
por mi hija, por ti fallezco
sin que un quejido dar pueda
mi inesplicable tormento?

Tu padre, Arturo, tu padre
con despiadado deseo,
en la desgracia nos hunde.

Arturo.

Mi padre, cual vos, es bueno.

Ya me dió su bendición:

ora me la dió, sabedlo.

En vos, señora, tan solo
se encierra nuestro contento;
nuestra ventura, la vida..

Maria.

En mí Arturo!.. ¿No comprendo?

En mí!.. Si dado me fuera
haceros felices... creo

que apurara hasta el martirio
mas espácico y cruento.

En mí, Arturo?... ¿No concibes

lo que es el amor materno,
lo que quiero à mi Carlota?
Solo por su suerte tiemblo,
y el caliz de la amargura
apuro cada momento.

Arturo.

En vos, señora, consiste.
Me lo asegura ahora mesmo
mi padre. Vendrá al contrato,
él lo firmará el primero
con tal que vos accedais
à lo que os exige...

Maria.

Cielos!

Arturo.

Lo ignoro, madre querida;
pero à vuestros pies os ruego,
que oigais benigna à mi padre,
y si su tenaz empeño
os cuesta algun sacrificio,
por mí, por Carlota hacedlo.
Madre bondosa ¿qué vale
un pequeño sufrimiento,
si se trata de la dicha
de vuestra hija? El Supremo
os compensará y nosotros
con agradecer eterno.

Ved que hora de vuestros labios,
la ventura está pendiendo
de dos hijos, que no hay fuerzas
que los separen del suelo.

ESCENA CUARTA.

Dichos y Carlota.

Maria.

Mi Carlota!

Carlota.

Madre mia,
tu clemente corazón
nos eche la bendición.

Maria.

Ay! dejadme en mi agonía.

Carlota.

No abandonarás mi amor:
es tan cándido y tan puro,
que sobre mi y sobre Arturo
la gracia vertió el señor.
Tú, mi fuente de ternura
que me han dado el existir,
no me dejarás morir
apurando la amargura.
Hoy tu solícito afán
debe quedar satisfecho,

porque para mi tu pecho
guarda de amor un volcan.
Sé, como siempre, indulgente,
bendice nuestro querer:
dos plantas veras crecer
para cobijar tu frente.
Dos tórtolas que arrullando
à tu lado maternal
la delicia celestial
tu las veras disfrutando!
Calma mi desasosiego:
enjugue mi faz llorosa
esa mano bondadosa...
Madre mía!... yo lo ruego!

Maria.

(Aparte y con toda la amargura del sacrificio que va à hacer.)

Su voz!... su tierna querella!...
mi amor!... oh, pierdo el juicio...

Consumase el sacrificio!

Muera yo!... que viva ella!

(Alto.)

Esperar! *(Coje la pluma y escribe, en tanto dirá)* oh! que taladre
mi corazon la congoja...

Dios este tormento acoja...

digna ofrenda de una madre.

(Alto, entrega un billete á Arturo.)

Toma, Arturo, toma, oh!...
dá à tu padre este papel,
que teneis la dicha en él...
(*aparte*) y mi sepultura yo.

Arturo.

El cielo santo os bendiga,
cual lo pide mi contento,
Me voy... no pierdo momento
hasta que mi afán consiga (*se vá.*)

ESCENA QUINTA.

*Maria y Carlota que se arroja en los brazos
de su madre y la besa apasionadamente.*

Carlota.

Madre del alma!

Maria.

Carlota!

hija mia!!

Carlota.

Estás temblando.

Ay! me estás martirizando!
tu sufrimiento se agota.

Yo tus dias enveneno.

Maria.

Ay!

Carlota.

Cuánto penas por mí!
Corran tus lágrimas, sí,
y que caigan en mi seno.
Son las gotas de rocío
que en mi vierte tu dolor.
Son las perlas de tu amor,
que me cede tu alvedrio.
Yo sola, sola las quiero,
yo las sabré conservar,
y yo las sabré adorar
cual la sangre del Cordero.
Llora, llora, este es un bien
que ha de volverte la calma
contigo, madre del alma
yo quiero llorar también.

(Un momento de pausa... están abrazadas.)

Maria.

Con tu llanto no hay zozobra,
mi intenso penar termina.
En mi pecho te reclina...

(mirando al cielo.)

Soy Madre!?... valor me sobra.
Oh! qué me importa el sufrir
si voy à labrar tu dicha
si al terminar mi desdicha
en tí empiezo à revivir?

Mi alma purificarás
con tu plegaria de niño,
y con ternura y cariño
mi dolor aliviarás.
Nadie romperá los lazos
que unen nuestros corazones,
ni tormentos, ni ilusiones,
me arrancarán de tus brazos.

Carlota.

Nunca, mamá! De la suerte
los males convatiremos,
y abrazadas moriremos...

Maria.

Ya no me espanta la muerte.
Que iluminen esta estancia:
al punto tú al tocador,
y que admiren tu candor
radiante con la elegancia.
Don Pedro, ay! con Arturo
llegarán dentro de un rato
para firmar el contrato
con que tu suerte aseguro.
(aparte) Ay! el pecho se me oprime!

Carlota.

Pues que lo ordenas lo haré.
Nunca, mamá, olvidaré
abnegacion tan sublime. (se vá)

ESCENA SESTA.

*Maria y Enrique, que sale del dormitorio.
apenas se va Carlota.*

Enrique.

¿Qué osas decir, Maria? qué dispones?
Sin duda tú deliras.

Tu juicio por las penas trastornado
de tu querido Enrique se ha olvidado.

No respondes? suspiras?

ven á mi corazon, su llama ardiente
te inflamara. Partamos:

ni un momento en salir nos detengamos.

Maria.

Jamás, Enrique! Lástima te deba
mi destino horroroso.

El Cielo inexorable nos separa!

Sacie el rigor en mí la suerte avara:
se tú al menos dichoso.

Enrique.

No me amaste jamás! Fué una mentira
tu amor y tu delirio.

Maria.

Déjame, caro Enrique, en mi martirio:
tu voz me perderia.

¿Quién te ama como yó?

Enrique.

Pues bien, si es cierto,
inestinguibles dichas el desierto
nos guarda, amiga mia.
Respiraré contigo, ébrio de amores.
En éxtasis profundo
se encerrará en nosotros todo el mundo.
Astro de amor, volemós sin tardanza:
una hora nos perdiera.
Cada instante que corre yo me arredro.
Acuérdate de Amalia, de don Pedro
que impaciente me espera
para firmar el connubial contrato:
que si aquí me encontrara,
yo por salvar mi honor quizá firmara.

Maria.

Enrique! ¿No recuerdas que soy madre?
Yo abandonar mi hija,
que es el mismo candor, la virtud suma!
Que tan atroz delito yo consuma,
nadie, Enrique, me exija.
No ves que me llamara en su abandono,
y mientras yo gozaba
los deleites de amor, ella lloraba?
Ella llorar, Señor, sin un consuelo!
Mi Carlota ¡infelice!
Buscándome do quier, despavorida,

v verse sin su madre tan querida!..
La madre que obra así, Dios la maldice.

Enrique.

Arturo amor eterno le jurara:
es noble y caballero
y no le hará faltar el mundo entero.
Mañana en los altares uniría
con Carlota su mano.
Tranquilízate, amiga... Yo aseguro
que tu hija es bien feliz con don Arturo.
Si acaso un temor vano
sobre Carlota abrigas, con nosotros
que se venga al instante:
pronto se le unirá su tierno amante.

Maria.

La sociedad, Enrique, Arturo mismo
si mi fuga notara
de su ardiente pasión desistiría.
Deshonrada a Carlota miraría
y cruel la despreciaría.
Mi hija me maldijera... ya en mi oído
su maldición retumba!..
Antes por siempre ocúlteme la tumba.

Enrique.

Maria, ídolo amado, si me dejas,
para siempre te pierdo,

y angustiado tú pecho como el mío
no podrían revocar tu desvarío.
Un celestial recuerdo
de toda la pasión que nos abrasa,
en tu oído resonando
tu fuerza y tu vivir irá acabando.
Tras de noches tristísimas de insomnio,
de corroedor tormento,
que mi anhelar, mi vida sacrifique,
trasunto de un cadáver, á tu Enrique
verás cada momento.
Víctima atroz de tu impiedad, Maria,
te gritará aterrado.
«Por tenerte pasión... me has torturado.»

Maria.

Vete, Enrique, por Dios: vete y respeta
el dolor que me apura.

Enrique.

Sí, me voy á alejar. ! te soy odioso.
De la inocente Amal a seré esposo.
Adios, adios perjura.
Tú verás las caricias que me cede,
tu sus dulces escesos,
tú oirás sonar sus encendidos besos.

Maria.

Basta, Enrique. Piedad! sé feliz... vete.

Enrique.

Ya tu pecho no alienta
cariño para mí... oh! tú me engañas.
(*Maria elevando la vista al Cielo*)

Maria.

Hecho del corazón... de mis entrañas!! (*pausa*)
Enrique, estoy contenta.

Enrique.

Maria, para siempre adios!.. me olvidas!
Tu suerte has decretado (*se va*)

Maria.

Ya la sentenció el Cielo despiadado.

ESCENA SETIMA.

Maria sola.

Bárbaro! ¿que te engaño me decías?
que yo nunca te amé? que no te amo?
Bien pronto lo verás cuando el sepulcro
termine mi dolor, me dé descanso.
Mi espíritu fallece: ya mi cuerpo
se encuentra sin vigor... estenuado.
El destino asegure de mi hija,
Enrique, y tú sabrás si te idolatro.
Cuando por ti mi vida se consume,
cuando por mi Carlota me consagro
al cilicio de muerte, cuando oculto

el sacrificio atroz con que batallo
 por no llenar tu pecho de amargura,
 hombre cruel! ¿por compasión alcanzo
 que dudes del amor que me devora?
 que traspases mi pecho enamorado
 con las nuevas caricias que te aguardan?
 Yo también mas amores, mas halagos
 voy á tener! Tú me verás, Enrique,
 al refulgente altar irme arrastrando.
 ¡qué pasión mas frenética me aguarda!
 qué delicias mas dulces! oh! qué abrazos!
 Tengo un amante ya... tu lo conoces.
 Don Pedro!.. mi verdugo! No te engaño.
 Entre sus garras de alevoso tigre
 mi vaporoso cuerpo está entregado,
 y en su serviente frenesí, su cara
 hará brotar la sangre de mis labios!
 y reirá en mi dolor!.. y arrojaráme
 si entre tantos cariños me aletargo!
 Lo ves, querido Enrique? No tu solo
 eres el venturoso... ¿qué? te espanto?
 Ya me contemplarás! tus parabienes
 para colmar mi gloria pronto aguardo.

ESCENA OCTAVA.

Maria y Beatriz, que sale al instante.

Beatriz.

Don Pedro, vuestro permiso. .

Maria.

Que no se detenga nada (se va Beatriz.)

En buen hora llega, si.

El último esfuerzo el alma
debe hacer! Le seré afable,
le diré dulces palabras...

¿No voy a jurarle pronto
constancia, amor, en las aras?

Que sea feliz mi Carlota,
que yo le daré la paga.

¿Y cuál mejor para un monstruo
que un cadáver sin sustancia?

ESCENA NOVENA.

*Don Pedro y Maria; (cuanto habla en esta escena
Maria tiene un doble sentido, habla á don Pe-
dro, y se ocupa del dolor que la angustia.)*

Pedro.

Por fin Maria, por fin,
accediste á mi propuesta?
vas á ser mi esposa?

Maria.

Si,
y yo bendigo mi estrella.

Pedro.

Has pensado bien. Tú alcanzas

que en tu situación adversa,
solo mi amor puede darte
paz y ventura en la tierra.

Maria.

Lo sé, don Pedro, es seguro
que ~~hareis~~ terminas mis penas.
He sufrido tanto ya!

Pedro.

(aparte) Pobre mujer! se me entrega!

(alto) Yo espero que me perdones

mi conducta, mi aspereza,

hijas solo del amor

que mi pecho te profesa.

Mi desvelo por ser tuyo,

mis obsequios y finezas,

hoy abrigan la esperanza

para mí tan lisonjera

de que con tierno cariño

me sabrás amar.

Maria.

La prueba

la teneis ya. Me vereis

ir hacia el altar risueña,

y he de juraros constancia...

y ha de ser don Pedro... eterna!

No dudeis de mí: os quiero...

como yo à nadie quisiera!

Me vais à hacer tan dichosa!...
Os pertenezco: soy vuestra.

Pedro.

Estás afable conmigo!

Maria.

¿Y cómo no lo estuviera?
tanto os debo... que mi vida
es al pago corta ofrenda.

Pedro.

Por complacerte dispuse
que ahora, en esta estancia misma
se firmasen los contratos
de mi Arturo con tu bella
Carlota, y de don Enrique
con Amalia, y por sorpresa
los nuestros detrás. Yo creo
que es apreciable la escena.
Tres matrimonios felices!
Maria ¿no estas contenta?

Maria.

Mucho, don Pedro, es que el... gozo
me embriaga... me enagena.
Dios os pague el bien pue haceis:
yo os daré la recompensa.

ESCENA DECIMA.

*Maria, don Pedro, Arturo, Carlota,
Enrique y Amalia.*

Carlota.

Mamá... mamá... (*la abraza*)

Maria.

(*contemplándola*)

Qué hermosa estais, Carlota!

Amalia.

Mis besos no quereis, doña Maria?

Maria.

Os quiero mucho, si, (*se besan*) Vaya sentaos.

Arturo.

Antes á vuestros pies, dejad que pida
con mi amable Carlota, que esa mano
nuestros puros amores los bendiga.

(*se arrodilla con Carlota á los pies de doña
Maria.*)

Maria.

Vuestro padre primero.

Pedro.

No, señora,

os toca por derecho y cortesía

(Maria poniendo sus manos sobre la cabeza de Carlota y Arturo.)

Maria.

Dios derrame en vosotros tanto afecto
cual mi materno amor lo solicita.

Levantad. (le besan la mano y se retiran)

Amalia.

Ven Enrique, me ha ofrecido
ser mi madre bondosa. Me es precisa
tambien su bendición. Ven á sus plantas.

(coje á Enrique, que distraido se arrodilla con Amalia, maquinalmente á los pies de Maria.)

(Maria al contemplar á Enrique y á Amalia pierde la razon.)

Maria.

Huid, jóvenes profanos de mi vista,
y dejad á esta pobre en su anatema!
dejadla en su espiacion con que agoniza!

Ja... ja... ja... ja... ja... *(da esta carcajada convulsiva)*

(Amalia y Enrique se levantan espantados)

Amalia.

Cielos!

Arturo.

Amparo!

Carlota.

Madre del corazon!...

(cae desmayada en los brazos de Arturo que la coloca en un sillón y cuida de ella hasta el final del acto.)

Enrique.

Hora maldita!!

Pedro.

Serenaos. Tan débil, no es extraño ese ataque mental.

(Maria sigue demente hasta concluir)

Maria.

De mi sonrisa
¿quién se burló?.. Los Cielos se han abierto
(con furia)

y al hombre seductor hacen cenizas.

Tiranos, escuchad la voz del ángel,
que resuena la trompa diamantina.

«Quien no tiene piedad de las mugeres
que oyeron las palabras fementidas
de vuestra seducción, y que con sangre,
con intenso sufrir, su falta espian, (cancer
es maldito de Dios!...) Quién? yo?... si, un
en las entrañas tengo. . me aniquila,
y me ahoga y despedaza... Suelta, Enrique,
esa mano de Amalia... dura... fria...
llévate al corazon la mia... arde!.

es un hierro encendido que calcina...

(con dulzura)

No ves que hermosa soy? no ves mis ojos
que matan dulcemente cuando miran?
no oyes mi voz, que el alma conmoviendo
la seduce, la manda, la cautiva...

Enrique.

Maria... por piedad!

Maria.

Huye!.. don Pedro...

Adultera!!.. callad. Nunca mi hija,
mi Carlota inocente oiga mi afrenta!

Ya la espíe, Señor... pálida, livida,
me arrastro por la tierra!.. Si, don Pedro...

(pausa)

Vuestra esposa seré... vuestra alma impía
me vé desfalleciente y no se duele
de mi acerbo penar... (pausa) Ya se ilumina
el sacrosanto altar... laten mis sienes,
mis débiles momentos se amortiguan.
Vísteme con las galas de una novia!!...

(pausa)

Arrojo el corazón con mi sonrisa... (sonrie)

(furia)

Antes monstruo que tú, la negra muerte
me arranca del altar, y ya me abisma
en el hondo sepulcro!.. He aquí la esposa;

arrastras por tu presa á la avecilla!

He aquí (*rie estrepitosamente*) ja... ja... ja...

ja... la esposa bella
en hórrido cadáver convertida.

(*Queda sin sentido*)

Arturo.

Oh!

Pedro.

Maldicion fatal!.. yo... yo la he muerto.

Enrique.

Huyamos de esta escena. Amalia mia!

Amalia.

Yo de tí siempre huiré... si, para siempre.

Enrique.

Con su horrible espiacion, Dios me castiga.

FIN.

